Homenaje a Rosario Castellanos en el centenario de su nacimiento

Leído por Dr. Or Hasson

Universidad Hebrea de Jerusalén, 25.5.2025

Las palabras que voy a leerles no fueron escritas por mí. Están tomadas del libro *Rosario Castellanos: un largo camino a la ironía*, escrito por Nahum Megged y publicado en 1984 por el Colegio de México. El profesor Megged, uno de los grandes mexicanistas que tuvo nuestro Departamento, y uno de los hispanistas destacados de Israel y en general, había llegado a la Universidad Hebrea pocos años antes de Castellanos, y con la llegada de la escritora, profesora y embajadora a Jerusalén, trazó con ella no solo—como verán—una profunda amistad, sino un no menos profundo diálogo—intelectual, literario y cultural—que siguió desarrollándose aún después de la trágica muerte de la escritora en 1974.

A través de los párrafos, escritos aquí en Jerusalén hace unos cuarenta años, podremos, creo, vislumbrar no sólo lo que pudo significar este lugar para Rosario Castellanos, sino también lo que significó ella para los de aquí. Paso, entonces, con su permiso, a leer las palabras del profesor Megged:

Vengo de otras latitudes. De lejanías con otra historia. Sin embargo, ¡Cuánta similitud en las diferencias cuando se encuentran los caminos! Jerusalén está cubierta de piedras. Cuenta una leyenda que el pájaro que cargó piedras, por orden de Dios, para desparramarlas por todo el mundo, tuvo un percance: su saco se abrió sobre Jerusalén, y las piedras inundaron las sedientas colinas de Judea. Otra leyenda dice: Cada ser al llegar a Jerusalén deja allí parte de las piedras que son la carga de su vida. Él se libera y ellas crecen y crecen, formando montículos, colinas, montañas. Así, la ciudad libera

al tiempo que ella carga con el peso de los individuos, de los siglos, de las humanidades.

Conocí a Rosario Castellanos como un ser que sostenía haber dejado sus piedras en Jerusalén; que aquí, en esta ciudad, liberó su pluma. Rosario fue una persona que se sentía desamparada por la violencia de un mundo y de un inframundo, perseguida por la magia que trataba de entrar en su microhistoria. Por eso se sentía identificada con un pueblo que como pueblo vivió lo que ella sentía como individuo. [Aquí Megged cita un ensayo de Castellanos titulado “Jerusalén celestial, Jerusalén terrenal”, diciendo:] " ... y cuando la persecución se desata y la justicia los aísla y la violencia los diezma no sustentan más que de una memoria y de una esperanza. Los dos tienen el mismo nombre: Jerusalén".

Esta fue Rosario Castellanos. Desde la Jerusalén terrenal, la Jerusalén que escuchó sus pasos y se deleitó con su voz, la que fue testigo del círculo mágico que se cerraba para siempre, para acabar con esta liberación, con esta felicidad, desde esta ciudad escribo, recordando que despertó una nueva voz en su poesía, [y] cómo, por primera vez, venció al miedo dramático creando su primera pieza teatral.

Durante años quise indagar más, saber más respecto a su obra: poesía, prosa, ensayos. Quise entender el gran salto psicológico dado en estas colinas. El paso de lo trágico a la risa liberadora, a la ironía. Su figura viva, tal como fue siempre, se interponía. Su presencia tan clara evitaba la transparencia que permite ver y entender las letras, a pesar del recuerdo. Han pasado años; todo un círculo sagrado. Un manuscrito se perdió y había que reescribirlo; y aún así, la subjetividad combate lo que debería ser enfoque objetivo de una gran creación literaria. Me permito esta subjetividad como única manera de dialogar con el texto. Si el lector que seguirá el diálogo escucha los tonos personales, le ruego me perdone. Es imposible haberla conocido y ver en su

literatura solo un texto más. Después de este viaje en el cual la acompañaremos juntos, espero me comprendan (pp. 7-8).

*

Y es precisamente sobre esta tensión entre la voz que fue y la voz que permanece que Megged reflexiona:

En 1974 se conmovió México y el mundo de sus letras por la increíble tragedia. Pareciera que esta vez el mensaje mágico tan temido por Rosario Castellanos logró cumplir la sentencia dictada desde su niñez. En un presente nuevo cuando se sentía segura, feliz, iluminada, golpeó el destino a su puerta y vino la oscuridad. La prensa se llenó de editoriales y artículos sobre el extraordinario ser que ya no existía y que legó sólo sus palabras escritas. En uno de estos editoriales, publicado en *Diorama*, suplemento cultural de *Excélsior*, se lanzó la pregunta existente desde la génesis de los mundos: ¿Por qué se habla de Rosario, como de otros grandes poetas y creadores, cuando ya dejaron de existir? A esta pregunta se podría agregar: ¿Por qué se alaba después de muertos a los que sólo un día antes, cuando vivían y necesitaban del prójimo y de su palabra de aliento, sintieron sólo la soledad, el calvario, el ninguneo? En esta soledad el esperado amigo adoptaba formas de verdugo crucificador. La interesante respuesta del editorialista fue: "nadie puede saber verdaderamente quién es un poeta hasta que sus versos son su única voz, hasta que nos hablan no ya de la muerte, sino desde la muerte, y al cerrarse sobre sí mismos se ilumina con su auténtica luz. Deja de ser producto de una persona para volverse lo único que verdaderamente nos queda de ella ..."

Los que tuvimos la dicha de conocer a Rosario Castellanos, la totalidad del ser creador que marcaba su poesía y filosofía en cada palabra escrita, hablada y soñada,

no podemos separar la voz que queda de la voz que fue. La que quedó aparece en el recuerdo acompañada del mismo ser de antes, pero mitificada por la palabra escrita, se hizo eterna, transcribiendo siempre lo que fue pensamiento, dolor, esperanzas, sueños. Rosario lo ha dicho: “La importancia de la poesía en sí misma es rescatar del naufragio—que es el tiempo, el olvido y la muerte—a las cosas y dotarlas de una suerte de eternidad”.

No había dualismo en Rosario Castellanos. La que escribió fue la expresión de la otra, la que vivió. Lo íntimo se hizo público, el dolor se convirtió en arte, la ironía invitaba a las plumas de los lectores, que junto con ella, al leer, escribían su propia poesía .

Al recordar hoy a Rosario Castellanos, recordamos también al profesor Nahum Megged, cuya sensibilidad crítica y humana nos permitió preservar estos testimonios invaluable del encuentro entre estas dos voces e intelectos extraordinarios en esta ciudad. Sirvan, pues, estas palabras prestadas, para rescatar del naufragio—que es el tiempo, el olvido y la muerte—a las cosas y dotarlas de una suerte de eternidad. Y que este recuerdo de Rosario Castellanos mantenga vivo el diálogo iniciado aquí hace más de medio siglo, para que esta Universidad y esta ciudad sigan encontrando en las voces y las piedras que traen consigo quienes llegan de otras latitudes no solo nuevas perspectivas, sino también nuevas formas de libertad.